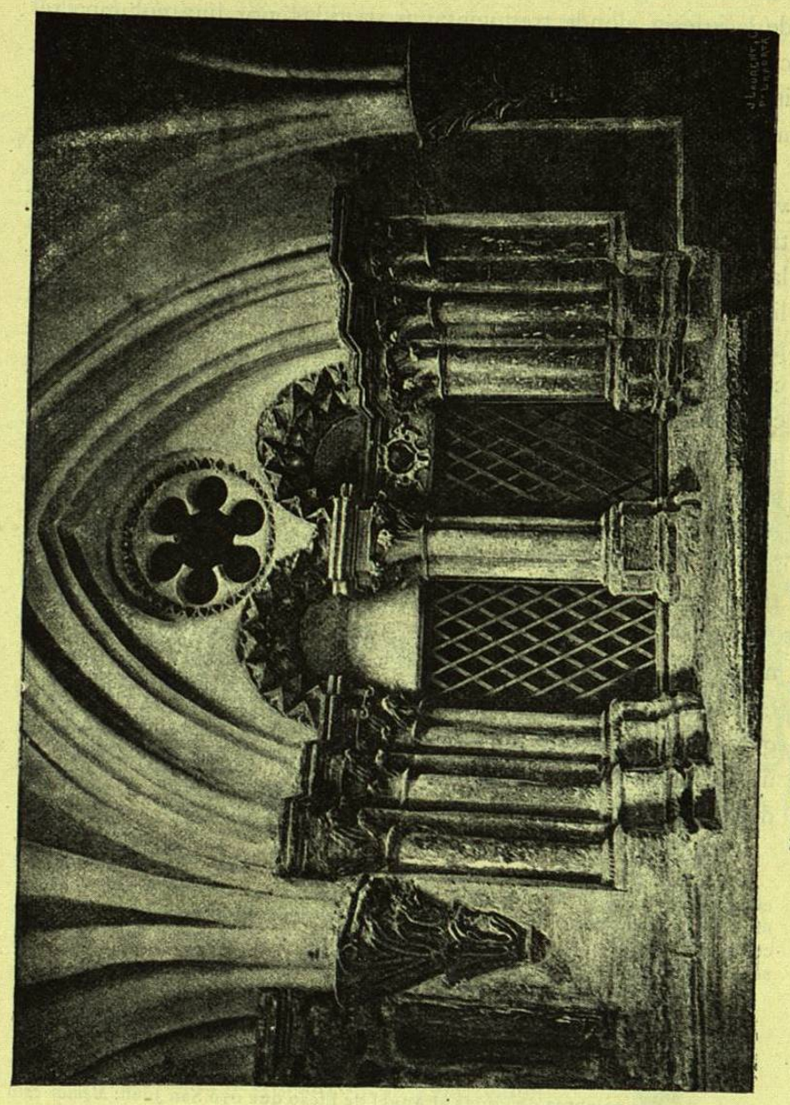
un pedestal al púlpito cuya baranda y dosel debía más tarde adornar el gótico con relieves innumerables. Y luégo, sin desdeñarse de más humildes funciones, trazó la cocina, y lanzando ocho arcos sobre esculturados capiteles y reuniéndolos en el centro de la bóveda con un agujero en vez de clave, formó una cúpula original tiznada ahora con el hollín de seiscientos años, y en las semicirculares ventanas sólo patentes por arriba abrió al humo otras tantas chimeneas. Novedad ofrece sorprender en las piezas más puestas en contacto con los usos de la vida y más sujetas por lo mismo á renovaciones, las huellas de una arquitectura consagrada privativamente á los monumentos; contemplar la anchura de los hogares en que los troncos podían arder enteros, lo colosal de las mesas de piedra, lo espacioso de la bodega dividida en dos pisos y sostenida por fuertes arcos, lo antiguo del horno, y realzadas en una palabra las vulgares oficinas por un venerable sello tradicional.

Al tender el claustro sus galerías, apareció en ellas el gótico si bien con la modesta sencillez característica de su primer período, intermediando hacia la luna con robustos estribos sus airosas ojivas al presente tapiadas, coronándolas con una línea de graves modillones, y apoyando los arcos de la bóveda á uno y otro lado sobre ménsulas de gruesos follajes imitados del bizantino. El mismo gótico proyectó en el muro las tres grandes arcadas, de las cuales la del medio sirve de puerta y las otras dos de ventanas á la sala capitular; dejó al arte su antecesor el cuidado de sustentarlas por medio de cilíndricas columnas asentadas sobre ancho basamento, de vaciar los capiteles en el molde mismo de los que adornan la portada de la iglesia, de subdividir las ventanas en dos arquitos semicirculares, esculpiendo caprichosas molduras en su doble arquivolto y recortando en el tímpano una estrella: para sí se reservó el desplegar sobre cuatro haces de columnas la elegante bóveda del interior, y alumbrar con dos ventanas ojivas el fondo de la sala. No pasó el largo reinado de la más brillante de las arquitecturas sin que dejase



MONASTERIO DE PIEDRA.—VENTANA DE LA SALA CAPITULAR

nuevos vestigios en otro ángulo del monasterio junto al ábside de la iglesia, donde tres ventanas partidas por una columna recuerdan el estilo del siglo XV y la memoria del papa Luna, cuyas insignias pontificales y blasones de familia marcan la obra de su munificencia.

Frente al pilar de donde colgaba el fúnebre aldabón exclusivamente destinado á anunciar la agonía del religioso con sus tres fatídicos golpes (1), despliégase majestuosa en dos ramales la escalera principal, sostenida toda por arcos y cobijada por linda bóveda de crucería. Bellísimos son los efectos de óptica producidos por aquel conjunto de ángulos y revueltas, y más cuando de noche una oscilante luz triplica las dimensiones en sí colosales de la escalera, que apenas hallaría rival en su línea, si á la disposición y grandiosidad de la forma correspondiesen la preciosidad de la materia y el adorno de los detalles. Ni fué esta la única obra que legó al monasterio el siglo XVI; también adornó en 1584 con esmaltada crucería la octógona cúpula de una pieza cuadrada, cuyo uso no alcanza á explicar la sentencia del Apocalipsis inscrita en su friso (2). Ramifícanse por aquel lado numerosos y dilatados corredores cuya moderna regularidad no excluye cierta magnificencia; y alegran las vacías celdas vistosas galerías, que si bien miradas desde la huerta ofrecen poco grata uniformidad, permitían al cenobita espaciar los ojos por el azul de los cielos y las maravillas de la naturaleza.

(1) Estos tres golpes dados á compás con que se convocaba á la comunidad en torno del lecho de la agonía, eran una imitación de los que, según tradición muy vulgarizada entre los cistercienses, solían oirse sobrenaturalmente en las celdas de los moribundos, y se llamaban *los golpes de San Benito*. Sobre el aldabón se leían estos rudos pero poéticos versos:

Hic cum quis moritur, ad me currendo venitur:
Et me clangente turbantur corda repente.
Signa fero mortis, et sum prænuntia luctus:
Jam hic cur teneor vos bene scire reor.

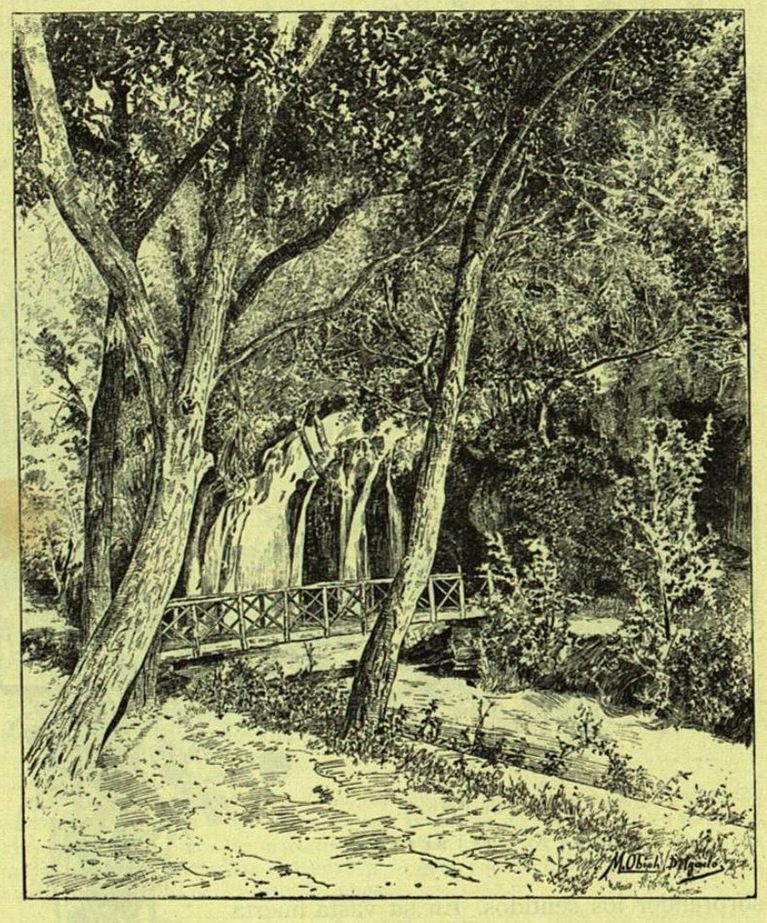
(2) Son las palabras dirigidas al Ángel de Éfeso que oyó San Juan: *Memor esto unde excideris et age pœnitentiam, et prima opera fac: sin autem, veniam tibi cito, et movebo candelabrum tuum. Apocal. secundo.* Y continúa la inscripción: *Dominus Sanctius Ferdinandus abbas, anno 1584.*

Y cierto que sin salvar la cerca de su mansión solitaria, hallaba el monje de Piedra materia bastante para elevar el alma y

MONASTERIO DE PIEDRA.
CASCADA DE LOS FRESNOS

sorprender los sentidos. En su vasta huerta cercada de peñascos logró encerrar y hacer propiedad suya imponentes cascadas, umbrías cuevas, rarísimas petrificaciones. ¿Qué valen los ingeniosos surtidores en los jardines regios, las fuentes por subterráneos caños importadas, las tazas de

alabastro, las artificiales grutas revestidas de estaláctitas ó de mariscos? ¿Qué valen ante el río, que exento de sujeción y tor-



MONASTERIO DE PIEDRA.—CASCADA IRIS

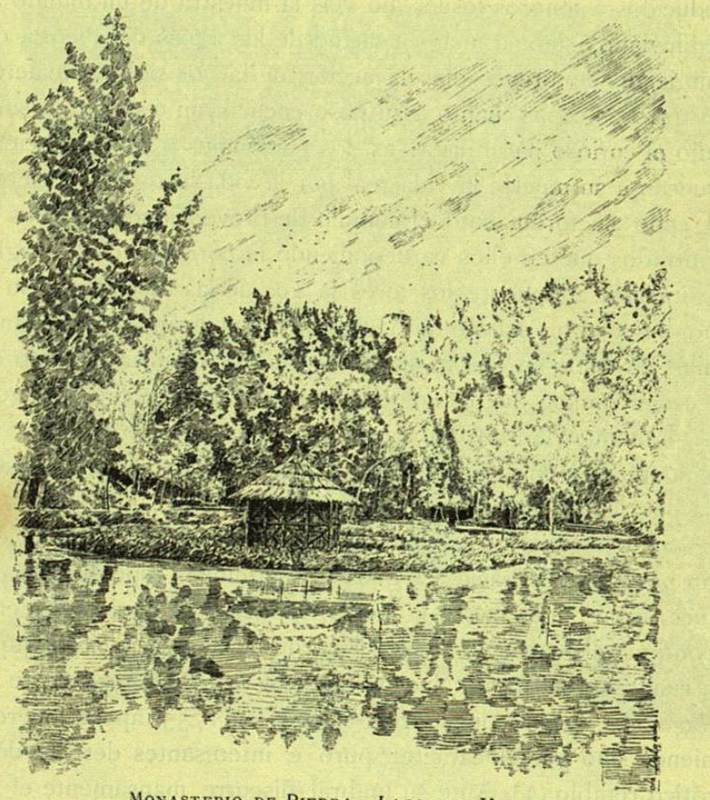
tura, bulle, se precipita, esmérase en superar con sus espontáneos juegos los caprichos é invenciones del hombre, ora desplomándose en gruesos chorros dentro del cultivado barranco, ora

batiendo de roca en roca sus cristalinos raudales? Analizad estas rocas, penetrad en las cavidades medio ocultas entre la yedra; pero en el conjunto de plantas, raíces y de toda clase de objetos reducidos á sonoros fósiles, no veis la muestra de un mundo antediluviano, sino la mágica virtud de las aguas del Piedra, que mintiendo en breves días la acción de largos siglos, envuelven en terrosas capas cuanto á su paso encuentran ó somete á su influjo el curioso naturalista: así los personajes y las instituciones truecan á su muerte la vida real por la vida histórica, y pierden al cabo su forma bajo el cúmulo de prevenciones y juicios encontrados que en ellos va deponiendo la corriente de los siglos. Agita incesantemente los aires la voz de las cascadas, y su rumor solemne no ha alterado un punto su uniforme nota en tantos miles de años en que ni una sola gota de agua ha descrito dos veces el camino: así las generaciones pasajeras como las aguas, así la humanidad invariablemente, renovada como el ruido; así, remontándose más arriba la cautiva mente, concibe la coexistencia del tiempo con la eternidad.

Sin embargo, no es más que un riachuelo el que encierra tan portentosa eficacia, el que tan magníficos espectáculos produce; á tal punto llegan la fuerza y poderío del líquido elemento. Contigua al monasterio y en el borde de un precipicio blanquea la cuadrada ermita de Nuestra Señora de *la Blanca* ó de los *Argadiles*, que desde su renovación en 1755 apenas se recomienda sino por el carácter puro é interesantes detalles de su gótico retablo (1). Ante su umbral discurre mansamente el Pie-

(1) Sus pinturas más que por el mérito absoluto interesan por su antigüedad y por las particularidades que ofrecen. El cuadro del centro representa á la Virgen ofreciendo una flor á San Bernardo, y al niño Jesús con un pajarito en la mano y rodeado de ángeles que le presentan pájaros y flores. En las comparticiones laterales se ve á un lado el descendimiento de la cruz, la resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo; y al otro la anunciación, la adoración de los reyes, la purificación y la muerte de la Virgen. En este último pasaje figuran en torno del lecho varios apóstoles con sendos libros, leyendo uno el *Venite exultemus*, otro el *Dixit Dominus Domino meo*, y otro la *Salve Regina;* entre resplandores y en medio de dos ángeles se aparece á la moribunda Señora un hombre aún joven con vesti-

dra á la sombra de los fresnos, bien ageno aún en su oscuridad tranquila de las estrepitosas vicisitudes que han de dar agitación y celebridad á su humilde corriente. Desde allí ambicioso se divi-



MONASTERIO DE PIEDRA.—LAGO DEL VERGEL

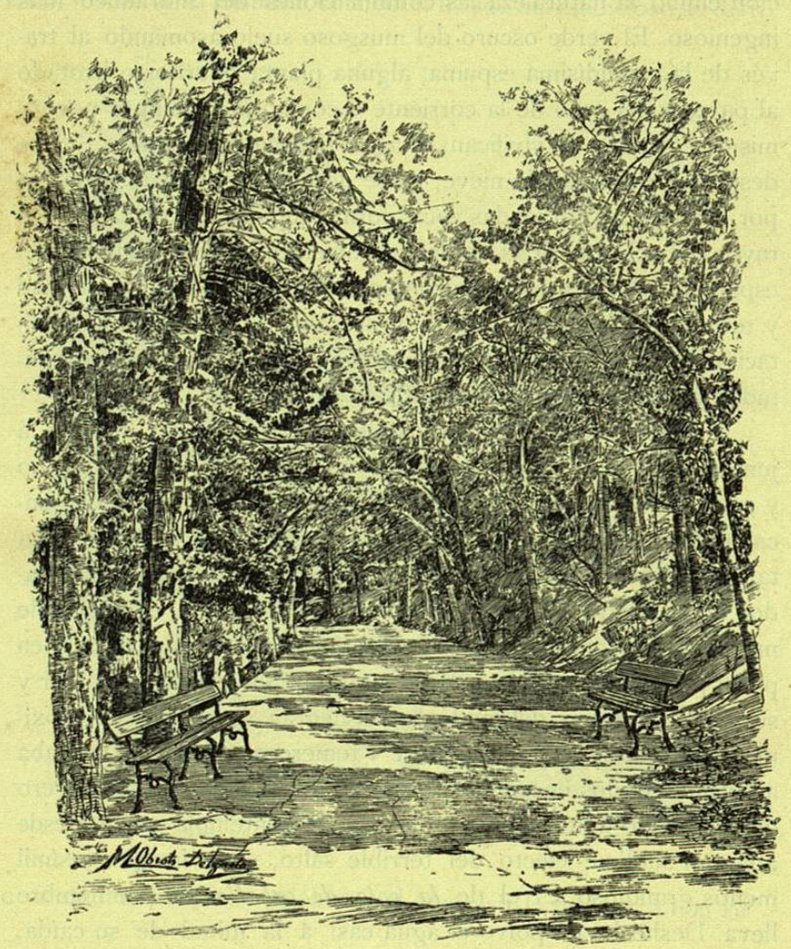
de ya en dos brazos; y mientras el uno asusta la huerta con su

dura blanca y un niño en los brazos, que no puede representar sino á San José, idea en este caso dulce y tierna la de pintar al Esposo consolando la agonía de su santísima Esposa, y sorprendente además para el que no ignore que el culto del santo Patriarca no principió antes del siglo XVI. El remate triangular del retablo presenta el juicio final, y el basamento dos santos tendidos que son San Benito y San Bernardo. Algunas figuras como las del relicario llevan letras árabes en las orlas de los vestidos.

caída para regarla después benéfico, salta el otro y se desparrama en cien arroyos por entre redondas peñas, en cuya disposición emuló la naturaleza las combinaciones del hidráulico más ingenioso. El verde oscuro del musgoso suelo asomando al través de la candidísima espuma, alguna planta ó arbusto brotado al parecer del seno de la corriente y combatido siempre por las mismas olas que le vivifican, el agua risueña y cristalina, ya se desplome en masas de nieve, ya se deslice en hilos de plata, ya por cima de las torneadas rocas forme cúpulas de cristal que los rayos del sol al herirlas de lleno convierten en oro centelleante, esparcen dulcemente el corazón en mil sentimientos de suavidad y ternura, y obligan el cuerpo al descanso y el alma á la meditación, mientras los ojos contemplan vagos y distraídos el encantador y monótono espectáculo de la cascada.

Á corta distancia de allí los dos brazos del río vuelven á juntarse, como si tratara de reunir sus fuerzas para el más arduo y grandioso paso de su carrera. Fáltale de pronto el suelo, trunca su cauce un abismo, y húndese de golpe su raudal en una tajada angostura á sesenta varas de profundidad. Desde el mirador de la huerta casi paralelo á la altura del peñón, es imposible medir con los ojos la hondura de aquella sima, que velada en parte por el vapor mismo de la catarata, acrecienta su horror y sus dimensiones; y del fondo de las negras aguas parece próxima á levantarse una voz lúgubre y temerosa, cual la que invitaba á lanzarse en los encantados lagos á los errantes paladines. Pero descendiendo á las márgenes del río, se contempla mejor desde abajo el sublime efecto del terrible salto, cuya imagen y símil menos grandioso es el de *la cola de caballo* que por nombre lleva. Deshecha en polvo el agua casi á la mitad de su caída, pierde la compacta redondez y deslumbradora blancura del chorro; y el vapor que cae y el que de la recudida se levanta forman una finísima lluvia de rocío que salpica á larga distancia, y que convierten en dorada atmósfera los rayos del sol. Sin embargo no es sólo el espanto y la desnudez lo que allí dentro mora; la

vegetación crece pomposa en las ásperas pendientes y viste los cortados ribazos, cuelgan los árboles asomados al abismo, revo-



MONASTERIO DE PIEDRA.—LA OLMEDA

lotean por el húmedo ambiente las palomas salvajes anidándose en grutas cuya boca cierra la cascada con barrera de transparente cristal, y sabrosas truchas se nutren en aquel hervidero de

aguas, que anonadadas al parecer con su catástrofe quedan por algún trecho como inmóviles y estancadas. Espantados del fragor de la caída dos copiosos arroyos, desmembrándose á tiempo de la corriente principal, buscan más suave declive para despeñarse; y su errante curso, saltando de grada en grada al través de la ladera, contrasta con el gran salto perpendicular de su compañero, como la sagaz acción del político con la ruidosa gloria del conquistador.

Prolóngase el barranco á lo largo del río; y cuando los caudales de éste derramados por las campiñas superiores suplen para el riego las sequedades del verano, reúnense á su antigua madre precipitándose desde lo alto y formando una variada serie de cascadas. Las pardas y rojizas tintas de las peñas, sus caprichosas formas, el agua verdosa que por su pié arrastra, invocan en auxilio de su lobreguez la magia de las tradiciones: las nocturnas vigilias del anacoreta, las orgías de malignos genios, los huracanes espantosos, los peñones arrancados de cuajo, la campana del monasterio dominando los rumores todos y dispersando los espíritus infernales. Pero al situarse en la cima del pico que avanza sobre la profundidad donde se hunde el río, ya no son consejas ni visiones las que exaltan la fantasía: cercado de abismos, atronado por la catarata, lanzado en el espacio, concibe el débil mortal su pequeñez ante el cuadro tan sublime y vigoroso de la naturaleza; y humillado exclama: ¿y qué es el hombre sobre la tierra? Luégo por una reacción instantánea, sintiéndose capaz de tan altos pensamientos y de arranques de amor y gratitud hacia el Criador, orgulloso de su propia humillación, irgue su frente como rey de aquella creación inanimada, y á su vez exclama: ¿qué es ante mi espíritu el orbe entero?